

“Los tacones de Emma”

Hay días en los que no puedo alejarme de mis pensamientos y es cuando me surge la necesidad de contar mi historia. Bueno... no debería llamarla mía, no lo es, yo solo soy quien la cuenta, pero si no la contase yo creo que no lo haría nadie.

Vivo justo detrás de la esquina de un club que tiene la ironía de decir que es un café. Me gustaría entrar un día solo para comprobar si tienen cafetera. La pared de mi cuarto da justo con las escaleras de aquel peculiar “café”, que también tiene la categoría de hotel, pero no tiene piscinas ni vistas al mar, aunque seguramente sí chicas en *topless*. Cada noche oigo el ruido de los tacones de aquella escalera, el ir y venir, el sube y baja y pienso ¿a alguien le importa las muchas historias que podría contar esa escalera? Pero esa escalera es un ser inerte condenado al silencio bajo el pisoteo nocturno de esos tacones. Cada noche la escalera cuenta la misma historia y cada mañana guarda silencio.

La escalera podría contar muchas historia pero yo aquí solo puedo contar una. La historia de la chica del pelo negro. Apenas la he visto un par de veces, sus horarios no coinciden con los míos. Pero su cabello es negro y largo, tiene la piel blanca, es poco más alta que yo, que no lo soy mucho, aunque algo mas robusta. No sé de que color tiene lo ojos, no me fijé en eso, solo en que los tenía tristes. Y hablando de gente robusta y fuerte, el armario empotrado que estaba a su lado sería la envidia de cualquier roble, supongo que él es una de las causas de que sus ojos estén tristes, pero también podrían ser la causa de que se volvieran morados. No sé el color de sus ojos, ni tampoco su nombre, pero yo he decidido llamarla Emma. Todos tenemos derecho a un nombre. Le ponemos nombre a nuestras mascotas, a nuestros peluches, incluso nos buscamos apodos chulos para nuestras redes sociales. Pero a menudo le quitamos el nombre a las personas para transformarlas en cosas. Supongo que así, nuestra conciencia humana, hace mucho tiempo echada a un lado, se siente mejor al tratarlas como cosas. Cuando hacemos uso de las personas como lo hacemos de nuestras herramientas. Porque también tendemos a poseer. ¡Claro que poseemos! Si la mayor parte de lo que nos rodea nos insta a la posesión, y somos hijos bien educados de este padre que nosotros mismos hemos creado. En nuestros libros de psedohistoria nos jactamos de libertad, progreso y evolución, pero eso es porque ignoramos la Historia. La que cuenta la verdad sobre nosotros, la que como un espejo puede reflejar un bonito traje hecho de hermosas virtudes que podríamos haber ido tejiendo, pero lo que refleja son las manchas que fuimos arrojando sobre aquella tela hasta volverla irreconocible. Pero en lugar de reconocer esas manchas, preferimos culpar al espejo y alegar que lo que está sucio es el cristal.

No le he preguntado si le gusta Emma, no le he preguntado que nombre le dio su madre. No le he preguntado la historia que estoy contando. Solo sé de ella que pisa con fuerza con sus tacones, seguro que nadie le ha preguntado si le gusta o no llevar tacones, o si le gustan esas escaleras. No, nadie le hace esas preguntas porque a nadie le interesan esas respuestas. Nadie le ha preguntado su nombre porque ya nosotros le damos uno.

Cuando pienso en Emma pienso que a ella le gustaría pasear por el parque en lo atardeceres de finales de otoño. Pienso que le debe encantar cepillarse su brillante pelo negro, pero que preferiría cepillarlo para ella, para verse bonita en un espejo. Me imagino que con aquellos ojos tristes le gustaría contemplar ponerse el sol tras alguna colina. Su cuerpo parece fuerte, pero no creo que sea de salir a correr por el parque, tal vez eso también la gustaría, correr para sentirse libre, aunque sea a ninguna parte. Cuando pienso en Emma pienso que quizá tenga un padre y una madre a los que hace mucho que no abraza, o que quizás ella misma es madre y teme no volver abrazar a su hijo. Pienso que tal vez vivía en una calle como en la que vive ahora, solo que en aquella calle podía salir a jugar cuando era niña, o charlaba con sus vecinos, o paseaba junto a un hombre que no le hacía tener los ojos tristes. Tal vez a ella también le gustaba, como a mí, sentarse a escribir historias, fuesen suyas o no. Supongo que si le gustaba ha dejado de hacerlo. Supongo que le guste o no ahora ha tenido que dejar que otros escriban por ella su historia y la de otras. Tal vez incluso haya terminado por creerse ese cuento donde son los monstruos los que ganan. En esos cuentos donde hay torres lóbregas, pero no princesas. Tampoco hay espadas mágicas que te otorgan derecho a un reino donde todos comen perdices, más bien comes lo que te ponen y no esperas un final feliz. No puede haberlo cuando el fuego de los dragones lo ha devorado todo. Allí no hay hadas madrinas, ni hados padrinos, al menos no de esos que se te aparecen en momentos de angustia para concederte tus deseos. Las lámparas brillan llenas de luz pero carentes de toda magia, no hay dentro ningún genio, ni alfombras voladoras. Seguro que Emma dejó de creer en los cuentos y maldice a cada madre o padre que le cuenta esas historias a sus hijos antes de ir a dormir (si es que todavía se hace eso).

La historia de Emma es la historia de muchas, es una más y es única, porque así son todas las historias. No hay ninguna igual, ni ninguna diferente, ninguna especial y a la vez todas lo son. Todas se parecen en su diferencia. Cada historia tienen su nombre, aunque no lo conozcamos. A esta historia la hemos llamado Emma, aunque... no sé si Emma le gustará, no sé si tiene cara de Emma, en fin solo es un nombre, solo son cuatro letras. Pero estoy segura de que prefiere mis cuatro letras a las que le dan los demás. Aunque ya se habrá acostumbrado tanto a oírlas que pensará que ese es su nombre, que pensará que esa es su historia.